

Capítulo I

El mosaico de los paisajes rurales

No es ésta ocasión para emprender una descripción exhaustiva de todas las organizaciones agrarias, que se yuxtaponen aquí en una multitud de células todas ellas más o menos autónomas, más o menos diferentes las unas de las otras. Nuestra ambición consiste, por el contrario, en buscar, en el seno de esta variedad, relaciones internas lo suficientemente claras como para permitirnos clasificar y reagrupar los diversos modos de utilización del suelo, de manera que podamos dibujar así un cuadro sintético e inteligible.

La combinación de tres criterios, fisionómico, técnico y económico, a la criba de los cuales serán sometidos los datos propios de cada unidad agraria, nos lleva a la definición de algunos grandes tipos de utilización del suelo.

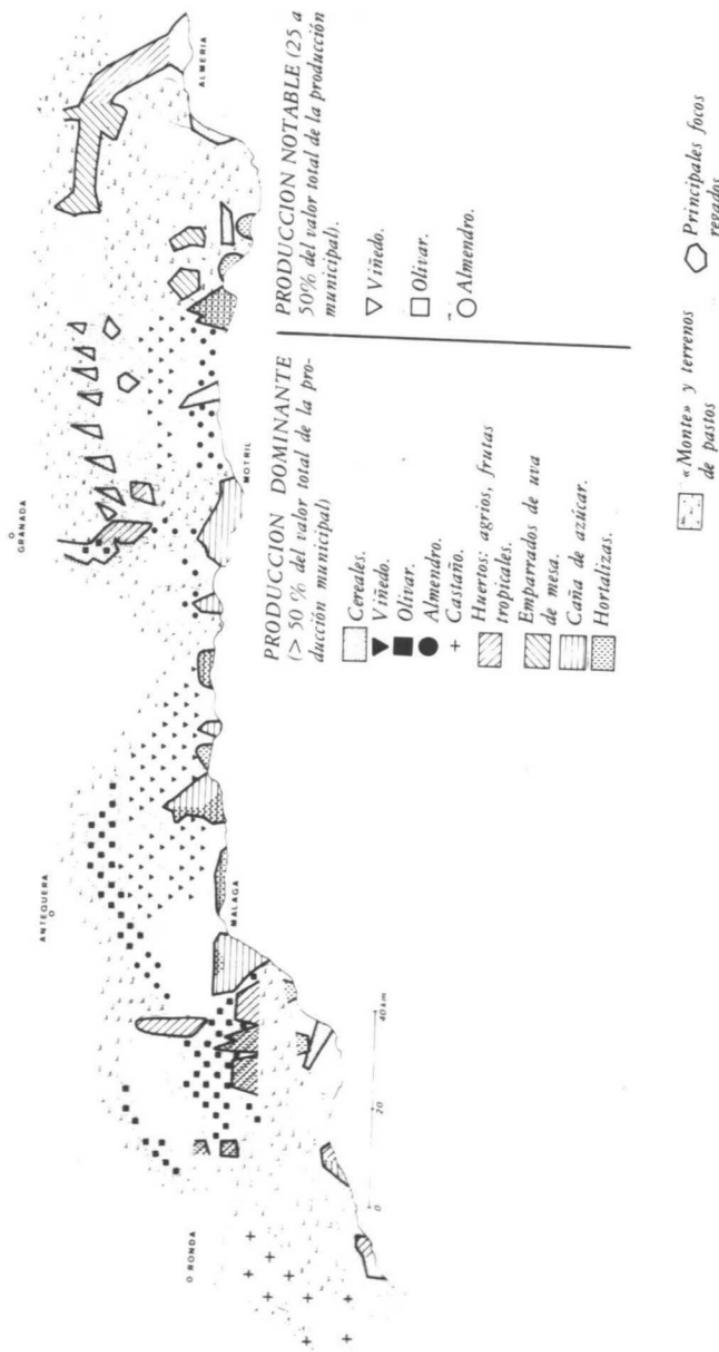
Tres familias principales de sistemas agrícolas, en el seno de los cuales será posible después introducir matizaciones, imponen finalmente su fuerte personalidad: los policultivos de autoconsumo, las economías productivas de arboricultura seca y los sistemas especializados más intensivos (Fig. 2).

I. LOS POLICULTIVOS ALIMENTARIOS

El policultivo alimentario representa en nuestras regiones la forma más tradicional de ocupación del suelo, también la más mediocre en general. Bajo apariencias más o menos matizadas, se lo puede encontrar, en células con frecuencia exigüas, por cualquier parte donde reina la pendiente, en los sectores más difíciles de acceso, en los medios más rudos. El sistema reviste, sin embargo, los rasgos más marcados y un máximo de continuidad en tres grandes conjuntos perfectamente individualizados:

— Un foco occidental se aísla en el flanco sur de la Serranía de Ronda. Centrado en la cuenca del Genal, se prolonga no obstante bastante lejos hacia el este, en la Sierra de Tólo, donde sus caracteres más acusados se alteran progresivamente.

FIG. 2. SISTEMAS DE PRODUCCION HACIA 1950



– En el centro de nuestra región, un segundo conjunto se subdivide, de hecho, en dos unidades bien distintas: la comarca de los Guájares, en el interior próximo de Motril-Almuñécar y, mucho más elevada, en la vertiente meridional de Sierra Nevada, la Alpujarra Alta.

– En el este, en la provincia de Almería, un conjunto más reducido aparece roto en jirones dispersos sobre los vertientes del alto Andárrax y en algunos sectores del flanco meridional de la Sierra de Gádor.

Aparte de la personalidad propia de cada uno de ellos, estos diferentes focos presentan rasgos comunes fuertemente marcados que definen el sistema.

Se trata, en primer lugar, de una economía de vocación fundamentalmente alimentaria basada en los elementos habituales del *policultivo mediterráneo*: cereales, arboricultura, ganado menor. La producción de granos, aunque difícil, permanece siempre como la preocupación principal.

En el marco de las propiedades parceladas –que no excluyen la existencia de algunas grandes propiedades marginales lanzadas sobre los pastos del monte–, esta agricultura concebida para la autosubsistencia de las familias campesinas consigue imperfectamente lograr su objetivo. Esto explica la generalización de *actividades complementarias*, sobre el terreno o fuera de él, casi permanentes o estacionales. Desde siempre, se trata de un sistema que engendra pequeños oficios y migraciones de trabajo.

La fórmula agrícola es, en efecto, técnicamente mediocre, pobre en cuanto a sus resultados, incluso aunque localmente algunas tierras parezcan opulentas. Es este el segundo carácter común de estos sistemas. Todos los índices convergen en subrayar la débil intensidad. La Serranía de Ronda, los Guájares, la Alta Alpujarra monopolizan los valores más bajos de producción por hectárea, varias veces inferiores a los de las comarcas litorales. El bajo nivel de ocupación humana es una consecuencia lógica de ello: la densidad rural bruta no excede sino raramente de los 30 habitantes por km². La extremada modestia de las superficies efectivamente cultivadas confirma estas apreciaciones; la superficie agrícola ocupa en todas partes menos del tercio, con frecuencia hasta un cuarto o un quinto de la extensión municipal.

Estas pocas observaciones nos llevan naturalmente a subrayar el parentesco de los paisajes agrarios resultantes de tales sistemas. El rasgo que más llama la atención es sin duda *la extrema discontinuidad*. Las tierras de cultivo aparecen siempre en islotes de débil dimensión en medio de un inmenso saltus. El esquema de la organización del espacio es en todas partes idéntico: expresa una función agro-pastoril extensiva. El corazón de la misma es un núcleo agrícola instalado sobre las mejores tierras en donde se concentran las producciones más indispensables a la economía de subsistencia alimentaria, —tierras labradas, huertos, jardines—, que tan pronto se diluyen poco a poco en la inmensidad del monte pastoril, como se yuxtaponen allí brutalmente.

La forma y la distribución del hábitat se calcan sobre el mismo esquema. La agrupación pueblerina prevalece aquí en forma casi exclusiva. Las dimensiones del pueblo permanecen modestas, a tono con la exigüidad de las tierras cultivables, y en nada recuerdan a las enormes aglomeraciones rurales de la llanura. Es naturalmente el núcleo agrícola el que fija su emplazamiento, en el corazón del término municipal. Sin embargo, la estrechez misma del espacio cultivable, demasiado precioso para ser ocupado por las construcciones, lo excluye casi siempre de la zona de los campos para arrojarle sobre sus márgenes hacia emplazamientos encaramados sobre la vertiente o incluso en picos en forma de nido de águilas. Así, la vida —actividades agrícolas y hábitat— se concentra en el corazón del término. Más allá, en el monte comienza el desierto. El vacío humano no es, sin embargo, absoluto aunque las raras trazas de hábitat revisten aquí formas específicas: un sembrado extremadamente pobre de apriscos, abrigos temporales, o, de tarde en tarde, al final de grandes espacios solitarios, los edificios achaparrados de un cortijo, sede de alguna gran propiedad pastoril. Estas presencias aisladas no borran el mayor contraste que se establece por doquier entre una estrecha célula viviente, bien cultivada, y la abrumadora extensión de las tierras baldías.

Este esquema fundamental sufre, sin embargo, de matices secundarios que pueden fácilmente constatarse.

En la jerarquía de las producciones, en primer lugar, donde la ganadería puede representar, al lado de los cultivos, un papel más o menos importante: su papel es grande en la Alta Alpuja-

rra, o, bajo otras formas, en la Serranía de Ronda, mientras resulta más accesorio en las otras regiones.

Asimismo, el policultivo tiende a veces a desequilibrarse en beneficio de uno de sus elementos: los cereales a costa del olivar en la Alta Alpujarra; la arboricultura en detrimento del grano en los pueblos del Genal Medio (Serranía de Ronda).

En el plano técnico, la importancia relativa del riego introduce nuevas distinciones entre los sistemas donde el cultivo es esencialmente seco y los que se basan en un núcleo de regadío. En el primer grupo figuran comarcas tales como la Serranía de Ronda. Más al este, los Guájares, la Alta Alpujarra y aún más las regiones de policultivo de Almería, basan por el contrario sistemas análogos en el riego: el núcleo cultivado se confunde entonces cada vez más exclusivamente con la vega y los cultivos de secano desaparecen o quedan reducidos a una mediocre especulación robada al saltus.

Sin modificación de la lógica y de la organización de fórmulas siempre análogas, resultan de ello, no obstante, diferencias muy sensibles en los paisajes. En los sistemas de agricultura de regadío, —Guájares, comarcas almerienses—, el conjunto de las producciones tiende a concentrarse en la Vega: el olivar se superpone a los campos de cereales definiendo un núcleo de agricultura muy intensiva cubierta de plantaciones pero que cesa bruscamente en los límites de área regada. El contraste resulta entonces máximo entre el estrecho foco agrícola, arbóreo y verde, y la aureola externa del monte, raso y seco: en los casos extremos, el paisaje evoca entonces una estructura propia de oasis.

En los sistemas de secano, por el contrario, así como en altitud, la preocupación por no hacer sombra en absoluto a los cereales en las mejores tierras y la posibilidad que presenta el árbol de desarrollarse normalmente en suelos de menos calidad conducen a un inicio de especialización zonal del foco agrícola: en el centro, las tierras de labranza desnudas, hacia la periferia de arboricultura. Cuando el clima más húmedo y más frío confiere al monte un aspecto un tanto forestal, resulta de ello una transición más cuidada, insensible a veces entre el núcleo cultivado y las tierras baldías exteriores. La distribución relativa de los espacios desnudos y de las zonas arbóreas es inversa a la del

caso precedente que, por el contrario, concentraba las plantaciones en el núcleo de un término, quedando totalmente raso en la periferia.

Pero, por sensibles que puedan parecer estos matices, no se trata más que del ropaje diferente de fórmulas indénticas cuya unidad es, en el fondo, muy grande. Insistiremos algo más en precisar, a título de ejemplo, los mecanismos que regulan estos sistemas, sobre la distinción que impone la altitud entre una variante «mediterránea» y una variante «de montaña» del policultivo alimentario de vertiente.

A) EL POLICULTIVO MEDITERRANEO

Tal definición se aplica a ciertos sistemas que se encuentran en las comarcas montuosas de pizarra, entre los 400 y los 800 m de altitud las más de la veces. Las comarcas del Genal, en la caída meridional de la Serranía de Ronda, nos proporcionan un ejemplo característico de ellos.

Salvaje y boscosa, la comarca del Genal hace a veces pensar en los Cévennes o en la Kabylia (3). Entre dos altas barreras montañosas que la aíslan casi herméticamente del exterior, la cuenca del Genal se presenta como una especie de excavación relativa tallada en las pizarras. El río y sus afluentes se incrustan aquí en estrechos barrancos, ramificados hasta el infinito, dibujando de largas aristas en las agudas cimas. Se tiene la impresión de una ola desordenada de sierras que vendría a chocar, como en una orilla escarpada, contralas montañas fronterizas: al norte, las sierras calizas de Ronda; alsur, el enorme volumen rojizo de las peridotitas de la Sierra Bermeja, que cierran el horizonte del lado del mar.

Esta comarca atormentada asombra, al mismo tiempo, por la importancia de su cubierta forestal, debida a las generosas preci-

(3) Pitt-Rivers J.A. *Los hombres de la Sierra: ensayo sociológico sobre un pueblo de Andalucía*. Ed. Grijalbo - Barcelona, Méjico, 1971.

Análisis, desde un punto de vista sociológico, de un pueblo de la Serranía de Ronda, en la provincia de Cádiz, con rasgos con frecuencia análogos a los de la comarca del Genal.

- Lantensach, H. Landshaftszüge des Genalgebietes in Hochandalusien. *Geographische Zeitschrift*. 1966, núm. 3.

pitaciones que le proporciona su situación a las puertas del Atlántico. Encinares, alcornocales y castaños se reparten aquí la mayor parte del espacio no cediendo ante el monte bajo más que el contacto de las altas sierras que la enmarcan.

En suma, trátase de un medio sumamente mediocre.

La extrema discreción de la influencia humana constituye, sin duda, el fenómeno más evidente. El espacio cultivado se reduce aquí al 1/5 de la superficie total, a condición, por otra parte, de incluir en él a los castaños. Localmente, las cifras pueden descender a un nivel más bajo aún, a menos de 1/10 a veces (ver Júzcar).

El análisis de los terrazgos subraya el fraccionamiento irregular del espacio cultivado, dispersado en manchas en el núcleo de un saltus invasor. Su distribución no es, sin embargo, totalmente anárquica y el examen sistemático de sus términos hace aparecer rápidamente algunas constantes interesantes. Una organización concéntrica a partir del pueblo se afirma en todos los casos, los diferentes terrenos se disponen en aureolas cada vez más amplias y de extensión creciente hacia la periferia.

Un núcleo reducido de campos abiertos intensivos (alrededor de un cinco por ciento del espacio) se localiza las más de las veces alrededor de/o en las proximidades del pueblo. Se trata aquí del terreno cerealista por excelencia. El suelo relativamente profundo sobre un rellano o una pendiente suave y un abonado regular en la que permiten el cultivo continuo en alternativa bianual, de «año en vez»; el barbecho admite, de hecho, cultivos intercalados de habas.

Una aureola más amplia de arboricultura de vertiente (diez a quince por ciento de la superficie total) le sucede muy rápidamente. La transición está, por otra parte, bien llevada del uno a la otra: los campos desnudos a las puertas del pueblo van poco a poco siendo más densamente plantados hacia el exterior y acaban por fundirse con la zona de las plantaciones. Estas últimas son primeramente ordenadas con bastante regularidad y mantienen en su suelo algunos cultivos cerealistas (incluso bajo los castaños), después, mientras se acusa la pendiente y el alejamiento crece, adoptan un aire anárquico: los árboles son plantados en función de las menores variaciones de terreno y los cuidados se reducen progresivamente.

El monte ocupa, por último, los vastos espacios periféricos, en un ochenta por ciento al menos del territorio. Hacia abajo, las plantaciones se enrarecen, a medida que los vertientes se estiran en la proximidad de los talwegs, para ceder el sitio a la encina. Hacia arriba, sobre la caliza, es la meseta calcárea la que, con sus pastos ralos, no ofrece más que míseras posibilidades a la colectividad campesina y a las escasas propiedades que allí se han instalado. El tránsito del ganado menor constituye lo esencial: cerdos de montanera bajo las encinas o corderos en la meseta. A ello se suman los productos accesorios de la recolección: corcho, madera del monte alto, esparto en la Sierra Bermeja, cal de las mesetas calcáreas. La apertura de campos temporales de cereales representa, de hecho, el segundo recurso notable de este sector: constituye a la vez una apreciable producción complementaria y el único medio de limpiar y regenerar periódicamente el pasto.

Así, la influencia humana se esfuma muy rápidamente a alguna distancia del pueblo. La naturaleza recupera sus derechos, soberana o tímidamente retocada en la mayor parte del territorio.

El balance de la economía rural resulta bastante decepcionante y la pobreza de los resultados agrícolas, en el marco de un sistema casi totalmente autárquico, obliga a la asociación de varios tipos de actividades.

El pequeño policultivo de las comarcas del Genal se consagra con fines típicamente alimentarios, como hoy hace suponer la descripción anterior de la utilización del suelo. La producción de grano y la arboricultura representan los dos términos esenciales de esta vocación alimenticia. La preocupación más importante continúa siendo, sin embargo, el grano, buscado tanto más ávidamente cuanto que el suelo aquí conviene mal al cultivo cerealista. El trigo ocupa las escasas tierras buenas, en alternativa con un cultivo intercalado. En otros lugares deberán contentarse con la cebada o el centeno bajo plantaciones arbustivas o en los campos temporales de monte: el barbecho entonces se torna imperativo. Bianual bajo el olivo, se repite dos de cada tres años (alternativa al tercio), bajo los castaños y ocupa la mayor parte del tiempo en el caso de las «rozas» sin periodicidad bien definida. Las producciones frutales, ocupando su-

perficies equivalentes, constituyen el segundo pilar del sistema. Tras el abandono de la morera y el hundimiento de la viña después de la filoxera, dos árboles se reparten el estrellato. El olivo, más o menos asociado con la higuera y el almendro, es con frecuencia el más importante. El castaño, por su parte, se vuelve predominante en los municipios más altos.

El ganado menor ocupa sin embargo un lugar siempre notable asociado a la agricultura, a la escala modesta de cada explotación. No se convierte en verdadera especialidad y actividad productiva más que en el caso de algunas grandes explotaciones marginales de monte. Cabras o corderos existen en pequeño número en cada finca, alimentados a base de los magros pastizales de las mesetas calcáreas y en el invierno, al término de una minitrashumancia que no desborda los límites del municipio, en los bajos vertientes hacia el fondo de los barrancos. Su papel es, con frecuencia, esencial en la fertilización de las tierras de cultivo, más o menos regularmente fertilizadas en otoño por medio de un sistema de cercados móviles.

El ganado de cerda se hace preponderante desde que la encina adquiere una cierta extensión. Vuélvese a encontrar aquí la práctica de la montanera, característica de las regiones pobres y húmedas del sudoeste ibérico. Todo reposa sobre el período clave de la montanera, de octubre a enero, en que se sitúa el engorde. Pasado enero, cuando las bellotas escasean, la mayor parte de la piara es sacrificada. Sólo son conservadas las crías demasiado ligeras y algunas reproductoras.

El sistema agrícola es pues muy cerrado. El policultivo no produce ningún excedente: cada uno cuece su pan a partir de su propia harina, consume su aceite y su vino; los cerdos proporcionan algo de carne, la única que aparece en las mesas campesinas con, a veces, una pierna de cabra o de cordero. El volumen de las ventas agrícolas es caso nulo si se exceptúa el caso poco común de algunos grandes ganaderos.

El sistema es también sorprendentemente extensivo, los rendimientos irrisorios: ocho a diez Qm de trigo por hectárea en las mejores tierras abonadas, menos de cinco Qm/ha en los campos de monte, viniendo los años de barbecho a reducir todavía más las disponibilidades anuales. La ganadería no es de la mejor calidad puesto que hace falta de un año y medio a dos años

para «hacer» un cerdo de unos 120 kilos de peso. Este policultivo alimentario, de hecho, asume difícilmente su tarea. Esta insuficiencia crónica debe, por otra parte, ser compensada con diversos recursos complementarios cuya búsqueda indispensable se ha convertido ya en costumbre.

Sobre el terreno, las tierras incultas alimentan diversas actividades en las cuales los agricultores o sus familias participan más o menos directamente. La fabricación de cal en las mesetas calcáreas y la de carbón en el encinar pueden emplear episódicamente a jornaleros y campesinos en el momento de los trabajos importantes. La recogida del esparto ocupa a los hombres durante el verano, estación muerta para la agricultura, mientras las mujeres trenzan largas esteras por encargo de algún comerciante.

Pero las actividades complementarias pueden arrastrar también a desplazamientos más o menos lejanos. El contrabando, favorecido por la proximidad de Gibraltar, ha representado desde hace mucho tiempo un papel esencial. El transporte a lomo de mula, en ausencia de buenas carreteras hasta una fecha muy reciente, ha empleado a mucha gente. Finalmente, las migraciones estacionales para la recolección, —siega en la cuenca de Ronda, vendimia en la costa y sobre todo en Jerez, recolección del algodón en la campiña del Guadalquivir—, sin que aparezcan como primordiales, ocupan un lugar notable.

Por sus términos, su pobreza y su aislamiento, el policultivo del Genal proporciona un ejemplo representativo del sistema alimentario de las sierras pizarrosas, en su forma «agrosilvopastoril», adaptado a un marco relativamente húmedo y forestal.

Los Guájares, con clima mediterráneo «medio», o los vertientes almerienses en medio semiárido no proponen fórmulas diferentes: los mismos cultivos, la misma tendencia a la autosubsistencia, la misma búsqueda de recursos complementarios, la misma mediocridad de la influencia agrícola.

B) EL POLICULTIVO DE MONTAÑA: LA ALPUJARRA

La región de la Alta Alpujarra, situada en el flanco sur de la Sierra Nevada, por encima de la depresión transversal drenada

por el Guadalefeo, ofrece una variante de montaña a los sistemas alimentarios de vertientes (4).

Por encima de los 1.100 ó 1.200 m, la vida rural acusa las limitaciones que impone la montaña. El frío invernal se convierte en un elemento determinante de la actividad agrícola que cesa más allá de los 2.000 m: a la altura misma de los pueblos, las heladas son habituales de noviembre a marzo, episódicas aunque temibles hasta mayo. En cambio, el agua prodigada por las nieves de las cumbres es abundante. Se desprenden de esto algunos rasgos originales para las fórmulas agrarias.

El frío, primeramente, reduce considerablemente las posibilidades culturales y limita la gama clásica del policultivo mediterráneo a los cereales únicamente. Estos últimos, con algunas hortalizas, patatas principalmente, aparecen como el elemento fundamental del sistema de producción de montaña. La ganadería, por su parte, adquiere, gracias a la existencia de inmensos pastizales de altitud, una importancia desconocida en otras zonas. También se llega a *una asociación simple cereales-ganado* que marca el empobrecimiento debido al frío del policultivo mediterráneo.

El frío, no obstante, no elimina la sequía aunque indirectamente la remedia gracias al almacenamiento níveo de las cumbres. Los cultivos son también sistemáticamente regados, centrándose el sistema sobre las vegas de vertiente. El secano, en cambio, no juega aquí sino un papel muy secundario.

Pese a estos caracteres originales, -bastante superficiales-, la vida rural de Alta Alpujarra no es, en esencia, diferente de la de los vertientes mediterráneos. La mejor prueba de ello es el carácter siempre subordinado que tiene la ganadería, que nunca está en la base de la economía pueblerina: el cultivo permanece siendo siempre la vocación primordial. La montaña no engendra ninguna fórmula radicalmente específica: el habitante de las altas tierras de la Alpujarra no es en verdad un montañés sino más bien un agricultor mediterráneo trasplantado a un medio de

(4) Ver las descripciones de: Bosque Maurel, J. Tradición y modernidad en las Alpujarras granadinas. *Aportación española al XXI Congreso Geográfico Internacional*. CSIC. Madrid, 1968, págs. 164-183. Brenan, G. *South from Granada*. Hamish Hamilton. Londres, 1957.

montaña, y el sistema alpujarreño es un simple sistema mediterráneo alterado por el frío. Es este un hecho muchas veces subrayado (5) pero fundamental para comprender estas comarcas.

1. La organización de los terrazgos.

Como en todos los sistemas evocados hasta ahora, los terrazgos de la Alta Alpujarra presentan una organización radioconcentrica donde se yuxtaponen una estrecha célula de utilización intensiva con una inmensa cubierta de monte de vocación esencialmente pastoril. La discontinuidad del espacio agrícola constituye, una vez más, el rasgo característico de los paisajes agrarios. La particularidad fundamental de los terrenos de montaña resulta del hecho de que esta distribución dualista se traduce aquí por una asociación vertical de los diferentes terrazgos, es decir por *un escalonamiento riguroso en altitud*. Más aún, hacia lo alto, la degradación climática (duración del invierno, intensidad del frío) impone un límite rígido, infranqueable, a las actividades agrícolas permanentes (hacia los 1.800-2.000 m). También, con la aparición de un «alpage» (pasto de montaña), zona de utilización temporal, nace un verdadero desdoblamiento de la vida rural que se traduce perfectamente en el paisaje. El espacio se reparte siempre claramente entre una zona de agricultura permanente y un vasto nivel de utilización temporal, únicamente estival.

La vega, foco de agricultura permanente

Los sectores de utilización continua a lo largo del año están reservados exclusivamente a los cultivos y centrados en las tierras regularmente regables por los canales que descienden de los más altos círcos de las cumbres.

a) Estas vegas de montaña son, ante todo, *vegas de vertiente*. Se localizan, en efecto, rítmicamente en los valles medios de los

(5) «El alpujarreño es un campesino de la montaña sometido a los mismos deberes que el de la llanura, pero con mayores dificultades, a causa de los accidentes del terreno». Extraído de: Spahni, J. C. *L'Alpujarra, secrète Andalousie*. Ed. la Baconnière, 1959.

afluentes del Guadalefeo (río Mulhacén, Trévezel, Chico, etc., que corren paralelamente en dirección norte-sur hacia el nivel de base local de las cuencas de la Alpujarra.

Estas vegas de vertiente son, por otra parte —como es lógico en montaña—, muy sensibles a la exposición. Ellas se extienden de preferencia en solana, en busca de la mayor insolación, y apenas colonizan o sólo muy parcialmente las laderas a la sombra. Así los terrenos de cultivo de Bérchules, Trévezel, Cañar están integralmente arrinconados en las pendientes que miran al este, los de Pitres, Portugos orientados hacia el sur. En el propio municipio de Capileira, el desigual desarrollo en altitud de los cultivos permanentes según los vertientes subraya, por otra parte, el papel decisivo de la exposición: la vega apenas sobrepasa los 1.600 m en las pendientes a la sombra, mientras se prolonga hasta cerca de los 1.800 m cuando le da el sol. Valores semejantes podrían medirse en los valles vecinos.

b) Las vegas de montaña ofrecen también una fisonomía muy personal, marcada a la vez por una disposición en terrazas, al mismo tiempo cuidada e imperfecta, y por el mediocre desarrollo del árbol.

La presencia sistemática de terrazas es aquí un fenómeno normal impuesto por la necesidad de corregir pendientes naturales demasiado fuertes y por las necesidades del riego. Por eso las tierras de cultivo permanente están integralmente fraccionadas en una multitud de rellanos artificiales que confieren al paisaje la marca de una humanización intensa y apurada. Sin embargo, al examinarla, esta disposición se revela pronto imperfecta, incluso somera. El rasgo característico de estas terrazas reside, de hecho en su irregularidad topográfica y en la ausencia de verdadera nivelación de la parcela de cultivo. Esta última nunca es horizontal: más o menos abonbada, abollada en su perfil de través, espresa suavizándolas las irregularidades del vertiente, pero, sobre todo, conserva de arriba a abajo una pendiente apreciable, suave y regular, que corrige el declive natural sin suprimirlo completamente. La superabundancia de aguas disponibles no incita, sin duda, a perfeccionar la horizontalidad de la parcela, y la corrección de la pendiente aspira más a facilitar el trabajo que a evitar un desperdicio de capital hidráulico.

Asimismo, las terrazas no están sino raramente construidas,

los muros de sostén son poco frecuentes. Un talud de escasa altura separa los bancales, sin otro dispositivo de refuerzo. El tapiz herbáceo que se desarrolla aquí es suficiente sin duda para mantener el suelo, sin imponer el recurso sistemático a una obra de fábrica costosa de mantener.

El segundo rasgo característico del paisaje de las vegas de montaña se refiere a la rareza del árbol. Este último, sin embargo, no está completamente ausente, pero se limita a ocupar el espacio no cultivado: los vallejos umbrosos de flancos pelados se señalan por tantos regueros de verdor, árboles frutales, nogales y sobre todo álamos se alargan allí en cintas que marcan bastante regularmente los vertientes; más raramente, los taludes se ven plantados con algunos arbustos domésticos, granados, perales...; finalmente, en los sectores difíciles de aprovechar, en las pendientes demasiado fuertes o en las zonas marginales demasiado alejadas del pueblo aparecen bosquecillos de castaños. Bosquecillos de castaños e hileras de álamos rompen afortunadamente la monotonía de los campos desnudos y dan a estas vegas un aspecto sonriente, sin penetrar jamás en las tierras de cultivo. En efecto, la parcela se presenta aquí rigurosamente desnuda e ignora la arboricultura de plantación tan característica, en otras partes, de las tierras regadas de los vertientes mediterráneos. Es éste, evidentemente, un rasgo específicamente montañés: el frío excluye a los olivos y a los almendros, árboles plantados por excelencia en las tierras mediterráneas; el acortamiento de la estación vegetativa y la búsqueda de la máxima insolación, sobre todo, alejan al árbol cuya sombra perjudicaría a los cultivos. La vocación alimentaria que más abajo acomodaba como complemento a las producciones arbóreas los rechaza aquí, en beneficio sólo de los cereales y tubérculos.

c) La descripción de estas vegas de montaña quedaría incompleta si no se evocara el hábitat permanente que constituye el corazón de ellas y añade una nota tan personal, al paisaje de la Alpujarra.

La sede de la vida agrícola de estas montañas es, como en los sistemas de vertientes analizados precedentemente, el pueblo fuertemente agrupado, instalado en el centro mismo del núcleo de cultivos intensivos.

Se trata pues aquí de un pueblo en ladera, generalmente de

solana, asentado sobre un rellano o una suave pendiente, encaramado por encima de talwegs frescos y umbrosos.

La originalidad de estos pueblos se debe, de hecho, a su arquitectura. La casa con terraza gris, sin solería, peinada de arcilla, es a la vez una herencia de la tradición moruna, un medio de utilizar la materia prima local, la «launa» impermeable que constituye el techo (6), y un signo de pobreza. Ella representa, de hecho, la construcción más económica en cuanto a la techumbre, la más elemental en cuanto a su concepción. Es ella, en todo caso, la que confiere su personalidad al pueblo alpujarreño, verdadero «pueblo-escalera» cuyos escalones están representados por los techos planos que sirven con frecuencia, a la vez, de abrigo a los ocupantes y de desahogo, de terraza, a los habitantes de la casa inmediatamente superior.

Toda la vida se concentra en estas pequeñas aglomeraciones. El hábitat permanente disperso, caserío o finca aislada, es prácticamente desconocido y no es la menor originalidad de estos pueblos al estar en apariencia tan poco adaptados a la vida de montaña y especialmente a la ganadería: casas minúsculas desprovistas de sitio suficiente para el abrigo de los rebaños o el almacenamiento de las reservas forrajeras, callejas estrechas y rarísimas que apenas convienen al paso del ganado, son otros tantos motivos de asombro para quien esté pensando en las clásicas actividades alpinas.

Se capta ya a través de los signos del paisaje, -rareza del árbol, terrazas de cultivos, asentamiento del hábitat, la vocación anormalmente agrícola de estas altas montañas andaluzas. La ganadería, sin embargo, no está ausente pero queda confinada, fuera de la vega agrícola, a las zonas superiores de utilización temporal.

Las tierras altas de utilización estacional

Por encima de los pueblos y de sus vegas, las extensiones rasas y desiertas de la estepa de altitud ocupan todo el espacio de los altos vertientes y movilizan a los 9/10 de las superficies

(6) Ver Sermet, J. *Les toits plats du Sud-Est de l'Espagne. CR Congrès International de Géographie.* Tomo III. Lisboa, 1951, págs. 141-154.

comunales. Ellas se afirman desde que el frío, al reducir el período vegetativo a algunas semanas estivales, hace imposible la agricultura permanente y especialmente los cultivos de invierno. Según los lugares y su exposición, la zona de «agostadero» comienza entre los 1.600 y los 1.800 m, más allá de una estrecha franja boscosa o de matorral que sirve con frecuencia de transición. Conviene, de hecho, distinguir dos estratos diferentes en el seno de esta zona de utilización estacional.

a) *El estrato «agro-pastoril»* ocupa la parte inferior de estas altas superficies hasta los 2.000-2.200 m de altitud y proyecta excepcionalmente algunos tentáculos hasta los 2.400 m, en los lugares mejor abrigados. La originalidad de este sector se debe fundamentalmente a la vocación agrícola que se manifiesta aquí incluso al lado de las actividades partoriles: el verano, durante 3 meses, es lo suficientemente clemente como para permitir aquí el desarrollo de los cultivos más resistentes, patatas y centeno. Es de alguna manera, un anexo campesino de la vega, al mismo tiempo que terreno de tránsito privilegiado, la mayor parte del tiempo libre de nieve, para los rebaños de corderos.

El aspecto general del paisaje deriva directamente de la yuxtaposición de las actividades pastoriles con las agrícolas. Los espacios de pastoreo dominan en gran medida bajo la forma de una estepa xerófila de altitud continua, pero de mediocre valor: el tomillo ocupa aquí un lugar importante mezclado con algunas gramíneas coriáceas. De vez en cuando aparecen sin embargo manchas muy discontinuas, estrechas y como perdidas en esta inmensidad de landas, de cultivos efímeros. Estas, no obstante, contrariamente a las «rozas» de los vertientes mediterráneos, verdaderos cultivos itinerantes, se fijan en sitios inmutables perfectamente determinados. La exposición, a esta altitud, juega un papel decisivo y los islotes que constituyen los campos buscan en las solanas la máxima insolación tanto más indispensable cuanto el período vegetativo es más reducido. Sobre todo, estos cultivos de verano no escapan a las limitaciones de la sequía: se localizan también estrechamente en función de las posibilidades de riego, por bajo de uno de los numerosos canales que guían las aguas desde las cumbres hacia las vegas o hacia la parte baja de un vallejo que sirve de colector. Tales manchas agrícolas no se disponen pues de forma indiferente sino que engranan las

más de las veces a guisa de ristras que jalona el trazado de una acequia o de un vallejo.

Estos islotes de cultivos hurtados a la montaña son demasiado episódicamente utilizados como para haber suscitado acondicionamientos cuidados. Estos son, de hecho, muy rudimentarios, si se los compara con los de la vega. El riego particularmente se satisface con simples derivaciones de las aguas del vallejo y no ha dado lugar a la construcción de una verdadera red de canalizaciones. El aspecto mismo de los campos es testimonio de una técnica extensiva. Su dimensión alcanza normalmente varias hectáreas, 4 ó 5 en general, hasta 10, a veces, y no ofrece, pues, comparación con los rodales exiguos de la vega. Sus contornos indecisos, sinuosos, a veces mal definidos, revelan también la escasa influencia del cultivador sobre su tierra. La ausencia total de terrazas finalmente, permite contrastar fácilmente estas tierras de cultivo estacional con los campos permanentes de las vegas.

Es en este nivel donde se encuentran las últimas trazas de instalaciones humanas, asociadas a los islotes agrícolas estacionales. Este hábitat temporal es extremadamente somero: cubo exigüo y bajo de piedras secas, desprovisto de aberturas salvo la de la puerta, el «cortijillo» agazapado sobre el suelo, color de pizarra gris, resulta poco visible a alguna distancia. Una pequeña área para la trilla se le yuxtapone aquí la mayoría de las veces, así como el aprisco para los corderos que, durante la noche, permite acumular lo más cerca posible, de los campos las deyecciones fertilizantes.

Contrariamente al pueblo permanente del valle, el hábitat temporal, ligado a las tareas discontinuas de los cultivos de altitud, se encuentra extremadamente disperso. Por lugares, en los sectores bien regados y soleados los cortijillos dibujan así verdaderas nebulosas en donde a veces los «chalets» vecinos están al alcance de la voz unos de otros. Más frecuentemente, de hecho, y según se asciende, sus sembrados se distienden y cada uno de ellos se aísla en una soledad que anuncia ya el desierto de las cumbres.

b) *El estrato pastoril de las cumbres.* Más allá de los últimos cortijillos y de las últimas tentativas agrícolas, comienza, pasados los 2.000-2.200 m, el pasto de montaña. Estos altos vertien-

tes apenas son utilizables salvo en el corazón del verano, durante 1 ó 2 meses, entre la época en que se funden las últimas nieves de primavera y los primeros fríos de septiembre. Todo cultivo desde entonces se hace impracticable en un período tan corto y la estepa pobre se extiende hasta perderse de vista, soberana, hasta el desierto de piedras de las cumbres más altas. Tales pastos son, de hecho, harto mediocres, compuestos por matas rastreras de retama y de enebros enanos, entre los que se encuentran dispersos algunos ramilletes amarillentos de gramíneas coriáceas. Frío, viento y sequedad suman sus efectos para limitar el desarrollo de un auténtico césped alpino en las hendiduras mejor abrigadas, donde la concentración de las aguas mantiene una humedad permanente a lo largo de las estaciones. Aquí, a lo largo de algunas hectáreas, se extienden las praderas fértiles de los «borreguils» que durante algunas semanas utilizan los rebaños trashumantes.

A esta altitud, la ausencia de cultivos tiene como corolario la ausencia de hábitat y la inexistencia de la propiedad privada. El pastor se contenta con un abrigo somero para la noche, una choza hecha con ramaje o una cavidad en las rocas. La tierra, por otra parte, pertenece al dominio público. Tantos signos que retratan aún más la vocación esencialmente agrícola de estas comunidades campesinas de montaña, para quienes su interés se limita únicamente a los espacios cultivables.

La montaña se limita simplemente a resolver el esquema radioconcentrico imponiendo una estratificación vertical, un escalonamiento de las diferentes tierras. Esta similitud no hace más que expresar vocaciones económicas y usos técnicos esencialmente comparables.

2. Una economía agrícola y alimentaria

La naturaleza y originalidad del sistema económico de los territorios alpestres de la Alpujarra no pueden definirse más que en función la importancia de la ganadería y de sus relaciones con la agricultura. Pues bien, evidentemente, las actividades pastoriles no ocupan aquí más que un lugar secundario y no hacen sino yuxtaponerse a las funciones agrícola, sin asociarse realmente a ellas. La ganadería y la agricultura se ignoran extrañamente.

Los hombres, primeramente, son diferentes: campesinos y ganaderos apenas se confunden. El agricultor con harta frecuencia no posee ganado, salvo algunos animales domésticos destinados al trabajo o dedicados a proporcionar la poca leche o la carne de cerdo salada indispensable en la mesa familiar: una cabra, uno o dos cerdos, una yunta de vacas a veces, constituyen normalmente todo su capital pecuario. Por eso, establos o apriscos están ausentes de la explotación. El ganadero, por su parte, si reside en el pueblo, apenas participa en los trabajos de la vega. Con frecuencia incluso no posee allí ningún bien. Sus propiedades, cuando las tiene, se sitúan esencialmente en el plano pastoril y su riqueza se mide mucho más por la importancia de su rebaño de corderos que por las tierras que controla. El ganadero tradicional, por lo demás, no es, sin embargo, pastor, sino más bien propietario de ganado y empresario ganadero. La conducción de la manada está a cargo de pastores asalariados, los heteros, entre quienes el ganadero fracciona su rebaño por pequeñas unidades de 70 cabezas.

Los territorios pastoriles y agrícolas son también totalmente distintos. Fuera de algunos breves períodos, el ganado queda excluido de la vega, rechazado hacia el espacio incultivable de los pastos de montaña. Las producciones forrajeras son casi desconocidas y las reservas invernales ausentes. Limitado a vivir únicamente de los pastos, el ganado se ve de este modo reducido a perpetuos desplazamientos estacionales según el ritmo de una trashumancia «doble». Solamente el verano, permite la utilización de los pastos de montaña, de junio a septiembre, en general (7). Desde que se funden las nieves, los rebaños emigran a la zona «agro-pastoril», después, en pleno verano, alcanzan los pastos más altos, alquilados mediante subasta a las municipalidades propietarias. Con los primeros fríos de septiembre se inicia de nuevo el descenso progresivo.

El invierno, por el contrario, obliga al ganado a migrar hacia las tierras cálidas del litoral donde el ganadero puede alquilar el derecho a utilizar cualquier terreno de pastos o simplemente a hacer pastar a su ganado en los almendrales que cubren las

(7) Sorre, M. Nomadisme agricole et transhumance dans la Sierra Nevada. *Annales de Géographie*. XLI, 1932, págs. 301-305.

colinas del interior de Motril. Las manadas sobreviven así mediocremente desde el otoño (noviembre) hasta la primavera (abril o mayo).

Los rebaños no se estacionan apenas a la altura del pueblo, sino en el momento de su paso con destino a la «playa» o a la montaña: 3 semanas o 1 mes en primavera, en que están apretadamente arrinconados en las tierras no cultivadas; un período equivalente, tras el descenso, en otoño, cuando tienen lugar los partos de las ovejas. Los corderos son entonces excepcionalmente admitidos en la vega que, entre la siega y las labores de cultivo, les ofrece sus rastrojos. Es esta, en efecto, la única época –fuera de las primeras semanas de «pasto de montaña» (mayo-junio), en que los rebaños aseguran la fertilización de las tierras de sierra– en que se establece un vínculo funcional entre ganadería y cultivo, cuando el ganado pastorea sobre las tierras de cultivos y suministra a éstas, en contrapartida, fertilización con su estiércol.

Actividades pastoriles y agrícolas permanecen, pues, extrañas las unas a las otras y las primeras se encuentran incontestablemente subordinadas a las segundas. La escasez relativa de la ganadería y su carácter marginal manifiestan la vocación esencialmente campesina de estas montañas o más bien la vocación sobre todo de autoabastecimiento alimentario de la economía.

El policultivo alimentario, objeto de todos los cuidados, se encuentra, en efecto, singularmente limitado. El frío excluye, con la arboricultura, la mejor parte del sistema clásico mediterráneo, sin una compensación real. Quedan las producciones cerealistas y las de hortalizas adaptadas al clima de montaña, patatas y judías, que se reparten las vegas. La exigüidad de estas últimas obliga, por otra parte, a sacar el máximo provecho del espacio cultivable. Así, el campo suministra varias cosechas anuales: al trigo de invierno suceden las judías con las que se mezcla corrientemente el maíz. El mismo cuidado explica la obstinación del campesino en arrancar algunas flacas cosechas a los campos temporales del alpage (pasto de montaña): el centeno, sembrado en julio o septiembre, no es segado hasta agosto del año siguiente; las patatas, por el contrario, «llegan» más rápidamente: se las recolecta antes de las primeras nieves para ensilarlas «in situ» hasta la primavera.

Sin embargo, aun así, la finalidad de autoabastecimiento alimentario, no excluye enteramente a las producciones destinadas a su comercialización. La morera y la cría del gusano de seda constituyeron antaño un complemento muy importante. Las ventas de patatas o de judías para siembra tienden desde ahora a reemplazarlas. Pero, de hecho, estas tímidas tentativas comerciales traducen menos una voluntad de apertura que la necesidad de una ayuda. Como el de las laderas mediterráneas precedentemente evocadas, el policultivo de autoabastecimiento alimentario de la Alta Alpujarra se revela insuficiente generador de pobreza y frecuentemente de miseria. Pues bien, este campesino, agotado en el verano, al tener que desdoblarse entre la vega y el cortijillo, no ha sabido encontrar, para los largos períodos ociosos del invierno, ni especialización artesanal de complemento, ni migraciones estacionales de trabajo. Es este un rasgo sorprendente y, tal vez, el signo suplementario de una cierta inadecuación a la vida de montaña. Los únicos recursos de complemento, fuera de los frutos que proporciona la emigración lejana, provienen, de hecho, de algunos desplazamientos estivales para la siega, más allá de los montes, en las tierras altas de Guadix y Baza (8).

El sistema de la Alta Alpujarra no es, pues, sino una variante original, empobrecida por las limitaciones de la montaña, de un modelo común al conjunto de las agriculturas tradicionales de los vertientes mediterráneos. De la Alpujarra a la Serranía de Ronda o a las laderas áridas de las regiones orientales, los mismos términos reaparecen para definir una auténtica comunidad agraria: extrema discontinuidad del espacio agrícola y disgregación de la influencia humana traducen la impotencia técnica de una agricultura de pobreza con horizontes estrechamente alimentarios.

II. LOS SISTEMAS ESPECIALIZADOS DE ARBORICULTURA SECA

La fórmula de éstos es perfectamente clara en su extrema simplicidad: el árbol o el arbusto representa aquí el elemento

(8) Bosque Maurel, J.I., Floristan Samanés, A. Movimientos migratorios en la provincia de Granada. *Estudios Geográficos*. XVIII, 1957, págs. 361-402.

central, y la mayoría de las veces exclusivo, de un sistema totalmente orientado hacia el comercio. Es esta una orientación radicalmente diferente de la de los policultivos alimentarios descritos anteriormente, que se refleja sin ambigüedad en el paisaje agrario y en la intensidad, sensiblemente superior aquí, de la ocupación del suelo.

Ante todo, el sistema se caracteriza por su orientación económica: la producción, casi integralmente volcada hacia el comercio y especialmente hacia la exportación, se reduce a un número limitado de cultivos arbustivos hasta tender, en numerosos casos, a *verdadero monocultivo*. El viñedo o el almendro, a veces mezclados, se imponen sin rivales, representan lo esencial de las cosechas y cubren la mayor parte de las tierras cultivadas. Así, ellos no constituyen nunca menos de los 2/3 del valor de la producción anual, con frecuencia mucho más, los 4/5, y a veces incluso la totalidad.

El papel que juegan las producciones para consumo directo se ve, en contrapartida, reducido a proporciones insignificantes. Los cereales están prácticamente ausentes (1% a 2% en general, menos a veces, de la producción anual), síntoma característico de la desaparición de toda preocupación nutritiva. La ganadería finalmente, utilizadora habitual de las tierras baldías, está totalmente olvidada y no representa, de hecho, más que un objeto de curiosidad excepcional.

Totalmente consagrada al árbol y a la viña, tal agricultura define un ejemplo perfecto del sistema especulativo tradicional de los vertientes mediterráneos. El campesino es aquí arboricultor especializado, viticultor la mayoría de las veces, y apenas es otra cosa. Sólo varía su especialidad, y dentro de límites estrechos: productor de vino o de uva para pasa en el interior de Málaga, no se consagra ya voluntariamente al almendro, sino en la Contraviesa y en las colinas de Motril o Almuñécar.

Los paisajes reflejan fielmente la simplicidad del sistema económico. Ellos son testimonio de una influencia humana mejor garantizada, menos fugitiva que en el policultivo de autosuficiencia alimentaria.

La uniformidad cultural constituye, de primeras, el fenómeno más notable. La viña o el almendro recubren el conjunto del territorio, sin solución de continuidad, revisten los vertientes,

escalan las cumbres y esposan las irregularidades acusadas del relieve. El atrevimiento de las plantaciones, que se aferran a las más locas pendientes y sacan partido del menor espacio arable, no deja apenas lugar a otros cultivos. Resulta atrevido volver a encontrar bajo este manto homogéneo una organización cualquiera de los terruños e incluso la trama del parcelario fundida bajo el jalónado irregular de las cepas y de los árboles.

En efecto, —y es esa una segunda característica de estos sistemas de arboricultura especializada—, la ocupación agrícola presenta en el espacio una *continuidad* que era, por naturaleza, extraña a los fines del policultivo. El paisaje en forma de manchas cultivadas que definía a estos últimos se sustituye por horizontes más regularmente y más completamente valorizados, donde a veces incluso el monte tiende a refugiarse en algunos raros sectores, particularmente ingratos. Las cifras que expresan el porcentaje de las superficies cultivadas en relación con las superficies municipales son particularmente expresivas a estos fines y sobrepesan como media el 50 por 100, para alcanzar localmente valores muy elevados, superiores al 75 por 100. El aprovechamiento del espacio es pues, en conjunto, al menos dos veces más completo que en el sistema de policultivo de orientación alimentaria.

La densidad humana es igualmente mucho mayor y sobrepasa siempre a los 60 habitantes por km^2 , mientras no excede apenas de los 30 hab./ km^2 en la Serranía de Ronda, los Guájares o la Alta Alpujarra. El propio hábitat se presenta bajo una forma nueva y se distribuye mucho más regularmente en el espacio. El pueblo amontonado en el flanco de la ladera permanece ciertamente siendo la célula fundamental donde se concentra la vida rural. Sin embargo, fenómeno original, él se prolonga casi siempre en una *dispersión intercalar* de casas aisladas o de caseríos colgados de las cintas o en los rellanos y que, según los lugares, teje una trama más o menos densa aunque bastante regular sobre el conjunto del territorio.

Por la continuidad de su impronta sobre el espacio como por la densidad y la repartición del poblamiento, el agricultor está aquí mucho más presente que lo estaba en las regiones medio vacías y salvajes del policultivo alimentario. La arboricultura especializada, más «poblante», domina más completamente la

naturaleza y alcanza un grado superior en la intensidad del aprovechamiento.

Convendría no concluir demasiado pronto, sin embargo, acerca de la riqueza o de la perfección del sistema. No por haberse franqueado un paso hacia el progreso, el sistema deja de estar por ello menos marcado por el sello de la pobreza y de la debilidad técnica que caracterizan a las agriculturas tradicionales de vertientes, como atestigua todavía en el paisaje la irregularidad frecuente de las plantaciones. El agua escasean sobre todo, y las buenas tierras están ausentes, mal fertilizadas en ausencia de ganadería. Así la arboricultura especializada de vertiente se define a sí misma técnicamente como un *sistema aún extensivo*. Aun siendo superiores a los del policultivo alimentario, sus resultados son aún poco brillantes y sitúan sin ambigüedad a esta fórmula dentro del grupo de los sistemas pobres de secano.

La arboricultura especializada de vertientes resulta finalmente bastante poco frecuente, al menos bajo la forma exclusiva que define la fórmula. De hecho, no se la encuentra claramente expresada más que en dos focos distintos: en la parte interior de Vélez-Málaga, al oeste, que reagrupa de una y otra parte del río Vélez a la zona llamada de los Montes y a la de la Sierra de Bentomiz, y después en el flanco meridional de la Contraviesa, más al este, en los confines de las provincias de Granada y Almería. Sin duda, entre estas dos regiones, el paisaje homogéneo de la arboricultura reaparece frecuentemente sobre las colinas que cierran las llanuras litorales de Motril y Almuñécar, pero no se trata entonces sino de un elemento parcial de sistemas más complejos, sobre todo basados, de hecho, en el aprovechamiento de las cuencas regadas: la arboricultura no resulta entonces, pese a las apariencias, más que un término accesorio dentro de una fórmula más rica.

A) EL VIÑEDO DE MÁLAGA

Por detrás de Vélez-Málaga, al régión entera, de las sierras a las colinas, está orientada al monocultivo de la vid y, más precisamente, a la producción de uvas pasas, que le dieron a Málaga su reputación. La naturaleza está aquí perfectamente domesticada, humanizada. Ofrece, en fin, un aspecto cuidado, de una

distinción bastante inesperada frente al aspecto con frecuencia inacabado y confuso de las zonas de vertientes. La viña, aquí, coloniza todo el espacio, hasta las pendientes más acusadas; la tierra por doquier está cuidadosamente labrada: las placas lívidas de malezas o de monte tan frecuentes antes se vuelven raras. La alfombra continua de cepas no se interrumpe apenas, en el corazón de la Axarquía, sino en lo más profundo de los talwegs en donde aparecen algunos jardines o huertos regados en una cinta estrecha y discontinua. Aquella no se detiene, brutalmente es verdad, más que al pie de la sierra calcárea, totalmente desierta, allí donde acaban las laderas pizarrosas. Un alineamiento de grandes pueblos jalona el contacto, en los lugares donde brotan los manantiales, cuyo modesto caudal es justo lo suficiente para el aprovisionamiento de la población y que, en el mejor de los casos, no da nacimiento más que a minúsculas vegas en Cómpeta, Salares o Canillas de Albaida. Por doquier fuera de aquí reina el paisaje del viñedo, el más elaborado sin duda que pueda encontrarse en las colinas mediterráneas de Andalucía. Los vertientes, cultivados de arriba abajo, ofrecen una doble característica. Se observa de entrada el control sistemático de las pendientes por medio de una *multitud de muretes bajos* —algunos decímetros solamente— que fraccionan regularmente el flanco de las laderas. La pendiente, de hecho, no está retocada y mantiene siempre valores elevados. no se trata pues, en absoluto, de verdaderas terrazas sino de simples taludes horizontales construidos con piedras secas, cuyo único objeto es el de retener el suelo y frenar la acción erosiva de las aguas de escorrentía. De vez en cuando, las líneas apretadas de los muretes se ven cortadas oblicuamente por pequeños diques de tierra que corren transversalmente a la pendiente desde la cumbre de las laderas hacia la base. Estos aspiran a canalizar el desagüe de las fuertes lluvias, a concentrarlas sobre un eje de pendiente reducida y a proteger así a los campos situados por debajo. La asociación de estos dos tipos de aprovechamiento está bastante generalizada y modela el aspecto de la mayor parte de las laderas.

El viñedo ofrece también la particularidad de estar frecuentemente plantado de olivos. Salvo, a veces, en la proximidad inmediata del pueblo, donde los árboles se aprietan hasta for-

mar un verdadero olivar, la densidad es generalmente muy floja y tiende, por otra parte, a aclararse progresivamente hacia la periferia de los términos municipales donde, cerca de las cimas y en los campos más alejados, las viñas desnudas hacen su aparición. Herencia de una antigua vocación alimentaria hoy olvidada, medio de intensificación para los pequeños campesinos de recursos limitados a procedimiento de lucha contra la erosión a la que contribuye a frenar por su enraizamiento, el significado del olivo no está claramente explicado. Su presencia en el paisaje aporta, en todo caso, una nota risueña y viene a suavizar el aspecto un poco severo de las viñas de poda baja, que apenas pueden disimular la desnudez de las pendientes. Las plantaciones claras de olivos definen así una especie de paisaje-parque arbulado y contribuyen, con los muretes que, por todas partes, acentúan los vertientes, a evocar una obra secular de acondicionamientos lentamente elaborados.

La difusión del habitat no resulta menos característica de este viñedo de la Axarquía y contribuye a presentarle un aspecto de profunda humanización. El pueblo, sin embargo, permanece siendo el foco casi exclusivo de residencia de los viticultores y las estadísticas no se equivocan cuando lo definen como un hábitat agrupado. Pero estos pueblos no se destacan apenas en el paisaje: compactos, apretados alrededor de sus callejas ascendentes, resplandecientes de blancura, no se descubren más que en el momento en que se los alcanza, en la última desviación de la carretera ocultos tras uno de los innumerables repliegues del terreno que accidentan la región. A alguna distancia de aquí, no se ve más que la repetición de los cerros. Por eso, más que de estos pueblos discretos, la impresión de intensa humanización proviene de sembrado de casitas aisladas, dispersas sistemáticamente en medio del viñedo. Es, de hecho, esta constelación de manchas blancas sobre el fondo sombrío de las colinas lo que marca mejor la originalidad de la región. Este hábitat desparramado tiene, por otra parte, un significado funcional muy preciso, estrechamente ligado a la vocación del viñedo. Salvo tal vez en las épocas de fuerte superpoblación del siglo pasado, cuando estas casas pudieron abrigar a algunas familias pobres, sin vivienda en el pueblo, no tienen, la mayoría de las veces, otras funciones que alojar los aperos del viticultor

y, sobre todo, servirle de residencia estacional en los momentos de mayor trabajo. Algunas semanas al año, al fin del verano, una parte de la población del pueblo se dispersa por el viñedo y se reúne en estas «casas de viñas» para consagrarse a la vendimia y luego, sobre todo, al minucioso trabajo del secado de la uva. Cada casita se multiplica gracias a una batería de secaderos rematados por bajos frontones triangulares blanqueados con cal. Adosados a la pendiente mejor soleada aquéllos miden por su número la importancia de la explotación. Este hábitat estacional, convertido a veces en permanente, complemento indispensable, en todo caso, de la residencia pueblerina en toda economía consagrada a las pasas, se distribuye en todas las partes donde prosperan las viñas. Sin embargo, su densidad no es igual en todos los sitios: apretada en «la proximidad de los pueblos donde las casitas se encuentran a algunas decenas de metros a veces las unas de las otras, mientras más lejos la trama se distiende poco a poco. Asimismo se conserva a veces la imagen de una nebulosa de casitas gravitando alrededor del núcleo pueblerino cuya fuerza de atracción se va debilitando hacia el exterior.

A alguna distancia de aquí, pasado el río Vélez hacia el oeste, los *Montes de Málaga* pertenecen al mismo sistema. Como en la Sierra de Bentomiz el viñedo monocultural recubre uniformemente las mismas garras pizarrosas donde se dispersa la misma constelación de casitas flanqueadas por su secadero. Sin embargo, la tonalidad es otra, más monótona y más severa. Es que los Montes ofrecen una variante menos acabada de paisaje que la Sierra de Bentomiz. La diferencia esencial reside en el aspecto de los vertientes, aquejados aquí de una desnudez casi absoluta. El olivar, que animaba las laderas de la Axarquía, desaparece completamente o, al menos, se refugia en largas líneas sinuosas en el fondo de los vallejos, dejando un paisaje raso donde nada detiene la mirada salvo la sucesión cansina de vertientes labrados, pedregosos. Unicamente la viña, rastrera en verano, reducida a ennegrecidos muñones que emergen apenas del suelo en invierno, consigue revestir las pendientes.

Por otra parte, los muretes de piedras secas faltan aquí completamente. Las pendientes no son menos pronunciadas, sin embargo, que en la Sierra de Bentomiz vecina y sobrepasan

corrientemente el 45 por 100. Nada hay, sin embargo, construido para poder frenar los ataques de la erosión. Apenas si, de tarde en tarde, se ha aprovechado un fondo de roca natural perforando la película arable para esbozar, acumulando la grava, una grada irregular, que se borra rápidamente. Salvo algunas sangrías oblicuas, destinadas a canalizar las aguas de escorrentía, los vertientes no se han beneficiado aquí de ningún acondicionamiento.

B) LA ARBORICULTURA ESPECIALIZADA DE LA CONTRAVIESA

La cordillera litoral de la Contraviesa presenta asimismo un sistema integralmente basado en la arboricultura comercial. Ella se aparta hoy no obstante de los sistemas puramente vitícolas de la región de Málaga, consagrándose a *una doble especialización: la viña y el almendro*. La Contraviesa es, en efecto, tradicionalmente una región de viñedo orientada sobre todo a la producción de vino, incluso aunque en ciertas épocas la uva pasa, bajo la influencia de Málaga, haya podido figurar como protagonista. La importancia del almendro, que desde ahora contrarresta en gran medida a la de la viña, constituye en cambio un fenómeno mucho más reciente, y se asiste, en función de la coyuntura más o menos favorable de una u otra de ambas producciones, a una especie de alternancia en cuanto a su dinamismo respectivo. Esta repartición fluctuante de intereses no hace sino confirmar, en definitiva, el carácter totalmente comercial de la fórmula, que permanece como un monocultivo arborícola de donde quedan prácticamente excluidos los cultivos de autoabastecimiento. Únicamente varían según los sitios la importancia respectiva del viñedo y del almendro: el primero domina netamente en ciertos municipios, tales como Albodón y Polopos donde monopoliza los 2/3 del suelo; en otras partes, las proporciones son inversas, en Sorvilán o en Rubite, en beneficio del segundo.

En el paisaje, viña y almendros están raramente asociados. De un modo general, cada orientación productiva tiene su dominio propio y no se mezcla a la otra más que en una estrecha zona de contacto. El esquema de ocupación del suelo se caracte-

riza, en efecto, por un estricto escalonamiento de los dos cultivos fundamentales:

— El almendro coloniza exclusivamente las zonas bajas, los vertientes de mediana altitud hasta los 700 m apróximadamente. La viña no subsiste aquí sino a título de testigo, por aquí o por allí en parcelas aisladas.

— Más allá, el viñedo recupera en cambio todos sus derechos y ocupa la totalidad del espacio cultivable, entre los 800 y los 1.100 m, tan pronto desnudo, homogéneo, como muchas veces salpicado de higueras que, junto con las cepas, componen el paisaje característico de este sector. Más arriba, con el frío, aparecen todavía algunas tierras labradas cerealistas que ceden sitio pronto al monte.

— Entre estos dos niveles bien caracterizados, hacia los 700-800 m de altitud, se sitúa un escalón intermedio de aspecto más diverso. Es aquí primeramente donde se instalan, la mayoría de las veces, los pueblos. El aspecto de este escalón intermedio se caracteriza, en cambio, por la competencia a que se libran aquí viñas y almendros, cuyas parcelas se entremezclan confusamente. Poco a poco, bajo el empuje conquistador del almendro, el paisaje tiende a revestir un aspecto arbolado, que le acerca más a las tierras de los vertientes inferiores que al viñedo de las zonas altas.

De la Contraviesa a los Montes de Málaga, las diferencias siguen siendo, pese a todo, superficiales. La impresión de unidad prevalece sin ambigüedad, en comparación sobre todo con las fórmulas de policultivo de autoabastecimiento descritas precedentemente: especialización estrecha de la producción, continuidad del espacio cultivado y tendencia a la dispersión intercalar del hábitat, ligada sin duda a una influencia agrícola mejor afirmada, constituyen otros tantos caracteres propios a estas regiones, marcadas, sin embargo, por la mediocridad inherente a las agriculturas secas de vertientes.

III. LOS SISTEMAS INTENSIVOS

Llanuras y cuencas forman una tercera gran familia de sistemas agrícolas, incomparablemente más rica, pero más compleja que las precedentes por la diversidad de su contenido. Es, en

efecto, la heterogeneidad de los elementos así reagrupados lo que aparece primero. El análisis más superficial pondrá en evidencia la variedad de las fórmulas técnicas, la oposición de núcleos regados y de comarcas de cultivos secos: subrayará también la desemejanza de las vocaciones económicas, la juxtaposición de sistemas policulturales y de verdaderos monocultivos, los mismos que la vecindad de orientaciones tan diversas como cereales y olivos, viñedos, agrios, hortalizas, caña de azúcar y frutas tropicales. El mostrará, de hecho, una mezcla desconcertante de producciones y de métodos culturales, reunidos bajo el mismo término.

La unidad del conjunto es, no obstante, bien real, no menos evidente que la mezcolanza aparente de casos particulares, más esencial también en la medida en que se funda en los caracteres originales y permanentes que ofrecen en común las cuencas de la Andalucía mediterránea y que se traducen siempre por una cierta opulencia.

La especificidad de los sistemas de cuencas se afirma primero fundamentalmente por comparación con el medio de montaña en el cual se inscriben y del que representan una especie de negativo.

Es, en efecto, al esfumarse la pendiente cuando aparece la separación decisiva, al tiempo que se desvanecen los rasgos más característicos de los paisajes y de las fórmulas agrarias de los vertientes. Con ella desaparecen los obstáculos naturales más limitativos de la agricultura de montaña (suelo, clima, declive). Al mismo tiempo el aislamiento se rompe: las cuencas atraen a las carreteras, fijan ciudades o aldeas; la vida social, los intercambios, la apertura de las mentalidades a la innovación se ven con ello grandemente facilitados. «Buena comarca» y comarca abierta, el valle aparece en definitiva como la antítesis del mundo de la montaña, hecho de rudeza, pobreza y tradición.

La gran originalidad de la agricultura de las cuencas se debe, en el fondo, a la posibilidad que presenta de desmarcarse de las solicitudes inmediatas del medio físico y de asegurar así una demostración completa de la naturaleza, reservándose al tiempo una gran libertad en elección de sus orientaciones económicas. El aspecto rigurosamente ordenado de sus paisajes, así como la variedad de sus fórmulas culturales, son el mejor

testimonio de ello, en oposición a las tierras confusas, invertebradas, poco liberadas de una naturaleza acuciante y de la gama mezquina, monótona, de producciones de las regiones de vertientes.

Si, desde el punto de vista de los sistemas agrarios, la cuenca se define sobre todo por su oposición a la montaña, ella no puede ser identificada, sin embargo, con las grandes llanuras, las de la Baja Andalucía a las del Surco Intrabético del que se distingue bastante netamente. Es que, de hecho, la cuenca no puede disociarse de su ambiente montañoso del que indirectamente sufre su influencia.

Por eso, primero, la parcelación geográfica de estas depresiones y su mediocre extensión, sin comparación con la continuidad de las inmensas llanuras del Guadalquivir. Las más vastas de ellas (vega de Motril, de Málaga, Campo de Dalías) no ocupan más de algunos miles de hectáreas cada una. La mayoría se reducen a algunas centenas de hectáreas (cuencas de Alpujarra, de Almuñécar, etc.). Son en cambio muy numerosas y se encuentran dispersadas por los cuatro horizontes de nuestra región. Se puede, sin embargo, reagruparlas por comodidad en dos conjuntos: las cuencas interiores (Valle de Lecrín; depresión de Colmenar-Periana; cuencas de Orgiva, de Cádiar, Ugíjar, valle del Andarax, vegas de Dalías, de Berja) y las depresiones, desgranadas a todo lo largo de la costa, de Estepona a Almería.

Las verdaderas llanuras son por otra parte raras, con la excepción de las zonas deltaica y de algunos elementos de valles aluviales. En otras partes, la topografía de cimas redondeadas suaves o de glacis de llanuras al pie de la montaña prevalece la mayoría de las veces. Asimismo, a diferencia de las regiones de la Andalucía occidental, los horizontes planos y monótonos se encuentran muy reducidos.

Una menor simplicidad, en suma, que hace que no se encuentre aquí ni la continuidad de las grandes masas de cultivos, ni la homogeneidad de las estructuras agrarias tan aparentes en los paisajes más característicos de las llanuras del interior intrabético o de la Andalucía sevillana.

Diferente del mundo de los vertientes que la rodea como lo es de las grandes llanuras, la cuenca representa, sin ninguna duda, un elemento original de los campos de la Andalucía medi-

terránea cuyos rasgos característicos se afirman con suficiente claridad.

1. *Los paisajes* se señalan en primer lugar por su aspecto neto, acabado, que contrasta vigorosamente con el aire indeciso y flojo de los terrenos de vertiente. Evócase aquí más el rigor de los campos de la Europa central que el desorden de las laderas mediterráneas.

Lo que sorprende de primeras es el dominio total del espacio, hasta los límites de la cuenca. La tierra está aquí integralmente aprovechada, el terreno inculto —el monte o el erial— totalmente excluido, mientras se encontraba siempre presente, en grados diversos, en las comarcas de pendientes. No es sino más allá de las lindes de la depresión en que el *saltus* recupera sus derechos a partir de los primeros vertientes. Por eso, las tierras de las cuencas presentan límites rigurosos, verdaderas fronteras, desconocidos en los paisajes de laderas donde, por el contrario, se pasa casi siempre, insensible y gradualmente, del campo al monte.

Pero si el paisaje de la cuenca se individualiza tan netamente, es ante todo por el rigor de su dibujo parcelario. En contraste con los terrenos de vertientes donde la trama de las parcelas permanece siempre indistinta, fundida, irregular, la cuenca presenta una estructura perfectamente definida, cristalizada de alguna manera, hecha de líneas rectas y de ángulos vivos. La regularidad prevalece cara a la confusión de los paisajes de laderas: regularidad de las formas parcelarias primeramente, geométricas siempre y como trazadas con tiralíneas. Los campos cuadrados, achaparrados, son los más frecuentes y definen «puzzles» o dameros característicos de la vega de Almería, del centro de la Hoya de Málaga o de la cuenca de Colmenar-Periana, etc.; regularidad también del tamaño de los campos que, en el marco de una misma cuenca, permanece notablemente constante. El módulo medio es siempre reducido y no sobrepasa sino excepcionalmente las 50 áreas, definiendo así una pulverización parcelaria muy característica de las cuencas mediterráneas, que las diferencia sin ambigüedad de las estructuras agrarias de las grandes llanuras interiores aquejadas de gigantismo.

El mismo dominio se traslucen en las estructuras del hábitat cuya dispersión, su proliferación misma en el corazón de las

tierras de cultivo, constituye la regla, en grados diversos. El agrupamiento, en todas partes, no deja de ser fundamental, se afirma incluso en la medida en que las grandes aldeas, incluso las ciudades de varios miles de habitantes (Adra-Motril-Coín-Orgiva-Vélez, etc.) sustituyen a los mediocres pueblos de montaña: por ello, la agricultura de las cuencas reviste la mayoría de las veces un carácter peri-urbano. Pero el hábitat agrupado no se instala más que excepcionalmente en la cuenca y se concentra casi siempre a su contacto. Después de todo, la dispersión representa un modo de poblamiento secundario, pero específico de las propias cuencas.

2. *El significado de estos paisajes* es bastante claro. La ausencia del monte, el rigor y el desmenuzamiento del dibujo parcelario, la diseminación de los habitáculos traducen primeramente una misma realidad: la riqueza de un sistema sin comparación posible con las pobres fórmulas de vertiente. Abundan los signos que permiten definir un *nivel de intensidad superior*.

Ningún otro sistema, para empezar, mantiene densidades humanas tan fuertes, casi por doquier superiores a los 100 habitantes por km^2 y que, frecuentemente, pueden pasar de los 200 (pie de monte de Coín-Alhaurín, vega de Motril-Salobreña). Es que las cosechas aquí son a la vez incomparablemente más abundantes y de mejor calidad. Así, en las tierras todavía dedicadas a cereales, la ausencia del barbecho es general, incluso en tierras sin regar, y la doble cosecha (trigo-maíz) es corriente, desde que interviene el riego. Aún se trata aquí de los sectores menos evolucionados. La producción, de hecho, se apoya mucho más generalmente en los cultivos ricos y altamente remuneradores: hortalizas, frutas, caña de azúcar, por no citar sino los más importantes.

La economía agrícola de las cuencas está también en gran medida orientada hacia el mercado y es, sin duda, esta apertura comercial, más o menos antigua según los casos, lo que explica en gran parte el perfeccionamiento progresivo de los sistemas, las reorientaciones sucesivas de las producciones. Solicitadas por la proximidad de las carreteras y de las ciudades, permitidas por la existencia de excedentes, las ventas han podido a su vez actuar como estimulante, empujando a la intensificación de las fórmulas culturales y a una especialización progresivamente más acen-

tuada. Es en relación con este fenómeno cómo pueden comprenderse los caracteres esenciales que definen las economías de las llanuras y de las cuencas: las fórmulas culturales están todas dominadas por una orientación productiva predominante, bien sea que la especialización se afirme en el marco del policultivo tradicional (los agrios, por ejemplo, en el Valle de Lecrín o en ciertas cuencas de Alpujarra), bien que ella se imponga como un verdadero monocultivo (huertos tropicales de Almuñécar, caña de azúcar en Motril, hortalizas del Campo de Dalías). Los sistemas de las llanuras y cuencas dan asimismo prueba, con pocas excepciones, de una mayor flexibilidad, de una mayor facultad de adaptación a los cambios de la coyuntura económica y de las técnicas, que los sistemas de vertientes, paralizados en los marcos inmutables del policultivo de autoabastecimiento alimentario o de la especialización vitícola.

La agricultura de las llanuras y de las cuencas no carece, pues, de unidad, si por ésta nos referimos a las estructuras esenciales del paisaje de las fórmulas culturales. Sin embargo, los pocos caracteres comunes que hemos podido entresacar no pueden aplicarse igualmente a todos los lugares. La intensidad varía en proporciones importantes de un sistema a otro, en función, particularmente, de las posibilidades de riego: por eso deben distinguirse, de entrada, las vegas de las cuencas de agricultura de secano. Por otra parte, la especialización cultural y la apertura comercial son más o menos totales según los casos: la separación se establece entonces entre los policultivos de origen tradicional, con frecuencia muy antiguos y que evolucionan lentamente, y los monocultivos aparecidos mucho más tardíamente en general. La posición geográfica, finalmente, juega un papel notable al oponer en particular las cuencas interiores, más cerradas y con frecuencia más tradicionales, a las llanuras litorales de aprovechamiento a veces reciente, pero puestas brutalmente en contacto con las orientaciones productivas modernas.

A) LOS SISTEMAS DE CEREALICULTURA DE SECANO

Los ejemplos de alguna importancia de éstos son bastante raros. Se limitan, de hecho, a dos casos vecinos, en la parte occidental de nuestra región: el corazón de la Hoya de Málaga

constituye a este respecto el modelo más acabado, antes que las grandes obras actuales de puesta en riego consigan alterar su fisionomía tradicional; hay que añadir a éste la depresión alargada que prolonga la Hoya hacia el nordeste, más allá de los Montes de Málaga, entre estos últimos y la Sierra Tejeda al norte, desde Casabermeja y Colmenar hasta Periana y Alcaucín.

Trátase, en ambos casos, de cuencas esencialmente margosas que no ofrecen sino excepcionalmente terrenos llanos. La topografía formada por colinas blandas no deja de recordar, guardando las proporciones con respecto a la escala, al paisaje de las campiñas del Guadalquivir. Las verdaderas fórmulas cerealistas de secano parecen así agrupadas en estos medios, raros en la Andalucía mediterránea, de tierras fértiles, pero fuertes. Las densidades humanas no alcanzan sino difícilmente los 100 hab/km², manteniéndose en general en derredor de los 80-90 hab/km², situando a estos sistemas a mitad de camino entre la agricultura pobre de vertiente y de las más ricas vegas.

La fórmula es de lo más simple: todo se organiza alrededor de dos elementos fundamentales y casi exclusivos: los cereales y los olivos. A los sembrados corresponden normalmente las tierras con suelos fuertes y profundos que se encuentran en el corazón de las depresiones, en las margas arcillosas de los sectores deprimidos de cimas recortadas. Así, en el centro de la Hoya de Málaga, entre Cártama y Pizarra, están esencialmente localizadas más abajo de la curva de 100 m. Es éste un paisaje desnudo y vacío, de campos abiertos que nada separa, verdadero «open field» en forma de tablero de ajedrez, con parcelas cuadradas y regulares de tamaño medio próximo a la media hectárea.

El olivar, en cambio, ocupa sobre todo los puntos altos, las cumbres de las colinas, jirones de terrazas aluviales antiguas (a lo largo del Guadalhorce) a veces, y sobre todo los sectores coluviales que franjean los relieves fronterizos. El fenómeno se hace particularmente sensible en la Hoya media, donde el olivo se localiza casi exclusivamente por encima de los 100-200 m, en el arranque del pie de la Sierra de Mijas o al pie de la pequeña Sierra de Cártama, dejando, más abajo, el terreno libre a los cereales. El olivo, de hecho, evita así las tierras demasiado fuer-

tes de las zonas bajas, reservadas al trigo, y se instala en los suelos ligeros y pedregosos.

El hábitat no está, salvo excepcionalmente, agrupado en su totalidad. A veces, la cabeza de partido concentra a menos de la mitad de la población municipal (Periana, Pizarra, Cártama). Sin embargo, la armazón del poblamiento sigue siendo pueblerina y se encuentra siempre alrededor de las aldeas, de 2 a 3.000 habitantes, donde se organiza la red radial de caminos. Pero el pueblo se instala raramente en el corazón de la cuenca y muchas veces se encuentra alejado del centro de las mejores tierras de cultivo. Se lo encuentra, en general, al contacto del borde de la montaña, en posición sobrealzada sobre las primeras pendientes. Es éste un rasgo clásico del hábitat mediterráneo, a la búsqueda de un emplazamiento fuerte, del agua de los manantiales y del contacto *ager-saltus*, pero huyendo de los fondos húmedos. De origen muy antiguo —la mayor parte de ellos son conocidos desde la época romana—, corresponden sin duda a un sistema de utilización del espacio diferente del actual, centrado más sobre las laderas que lo bordean que sobre la propia depresión.

La dispersión intercalar, tardía, sin duda, y contemporánea del aprovechamiento agrícola de las tierras bajas, caracteriza finalmente al poblamiento de la cuenca. La distribución del hábitat disperso es, en conjunto, bastante regular y se estructura sobre algunos puntos básicos. Estos últimos están constituidos por verdaderos caseríos, pudiendo agrupar hasta una docena de fincas que se extienden, a buena distancia las unas de las otras; por las diferentes secciones del territorio: constituyen, pues, un primer nivel de la dispersión, muy floja, respondiendo tal vez a los emplazamientos viejos de hábitats aislados «originales». Entre estos caseríos, en número limitado, se difunden finalmente los «cortijos» aislados, que representan, pues, el segundo grado de la dispersión.

La vocación de la cerealicultura de cuenca es radicalmente opuesta a la preocupación por el autoabastecimiento alimentario que caracteriza a las comarcas agropastoriles. El puerto de Málaga da salida aún —menos que antaño, no obstante— a importantes cantidades de habas venidas de Colmenar o Periana. En la Hoya, grandes fábricas de conservas continúan acondicionando para su venta el producto del olivar. Sobre todo, la población

malagueña absorbe tradicionalmente los granos de esta región productora de trigo. El sistema funciona en gran medida para el mercado y sufre las vicisitudes del mismo. Así, no está paralizado en absoluto sino que evoluciona y tiende a transformarse dentro de los límites de sus posibilidades naturales.

La manifestación más neta de cambio es, desde hace casi un siglo, la progresión del olivar a costa de la superficie sembrada, que conduce en ciertos casos (región de Periana, por ejemplo) a invertir la jerarquía tradicional de las producciones. Muchas veces se ha contentado con la existencia de plantaciones en el interior de los campos de cereales que subsisten: el aspecto general del paisaje apenas se ha modificado. Pero ocurre también que las plantaciones sustituyen completamente a los sembrados arrojando a éstos a los suelos más mediocres, mientras el olivar acapara los terrenos más fértiles. El sistema cambia entonces de significado. Tal es el caso de Periana, donde el olivo, mezclado con otros árboles frutales —melocotoneros, albaricoqueros, perales—, ocupa desde ahora el primer lugar en la economía local y las mejores tierras, eventualmente regadas, que se extienden al pie del pueblo. Se tiende así hacia una fórmula nueva donde el trigo se vuelve accesorio, y marca el paso hacia los sistemas de vegas arborícolas de pie de monte que serán evocados más adelante.

El cambio puede ser, finalmente, más radical con la intervención sistemática del riego, como es el caso actualmente —volveremos a él más adelante— en el corazón de la Hoya de Málaga. La vieja cuenca cerealista se transforma ahora en perímetro de riego moderno.

Tanto en un caso como en el otro, se retendrá la facultad de adaptación y de intensificación de una fórmula capaz de redefinir sus orientaciones, incluso de transformar sus técnicas, para pasar al rango de los sistemas más evolucionados.

B) EL POLICULTIVO DE LAS VEGAS INTERIORES

Los sistemas de las cuencas o de los valles interiores representan, gracias al riego, una forma de agricultura intensiva, pero incompletamente separada de los marcos tradicionales. La vocación comercial, si bien muchas veces antigua, no llega a borrar

aquí totalmente la preocupación por el autoabastecimiento alimentario. Trátase siempre de vegas muy antiguas, con suelos cargados de historia, donde las fórmulas se modernizan lentamente, se elaboran, sin olvidar la trama del sistema original. Es, en el fondo, bajo el punto de vista económico, un tipo intermedio entre el policultivo cerrado de los vertientes y la agricultura comercial de las llanuras litorales.

Estas vegas tradicionales se localizan esencialmente en el interior, bastante lejos de la costa, en el corazón mismo de las montañas, de las que utilizan las aguas aún poco concentradas, fáciles a domesticar (arroyos, riachuelos, manantiales). En realidad constituyen sólo células estrechas, de mediocre extensión, de algunas centenas de hectáreas: pequeñas cuencas de la Alpujarra (Orgiva, Cadíar, Ugíjar), Valle de Lecrín, pie oriental de la Sierra de Mijas (Coín, Alhaurín el Grande) constituyen las unidades más notables, de topografía todavía irregular, mal liberada de la pendiente. Las zonas llanas son aquí excepcionales, viéndose limitadas a algunos fondos de valles aluviales, y los vertientes suaves, flancos de glacis o de colinas, dominan ampliamente.

El paisaje está aquí profundamente humanizado, elaborado en sus menores detalles. El de la vega de Coín, uno de los más acabados, nos proporciona un buen ejemplo de ello. Se trata de una *vega arbórea*. Quédase uno sorprendido primeramente por la profusión vegetal, por la abundancia de frondosidades que alfombran la pendiente formando un abrigo denso de verdor. La masa oscura de los naranjos se mezcla aquí con los tonos más claros de los olivos y con las altas cimas de los chopos que emergen acá y allá. En algunos lugares una estrecha apertura en la bóveda de los árboles deja entrever un cuadrado de maíz, una tabla de hortalizas o la fachada blanca de una de las innumerables casitas ocultas bajo el verdor. El conjunto ofrece la imagen de una mezcla opulenta de huertos y de jardines.

La pulverización del parcelario y el aprovechamiento minucioso de los campos refuerzan aún más esta impresión de jardinería. El terreno regado se parcela según rodales minúsculos, la mayoría de los cuales se extienden entre las 25 y las 50 áreas, reduciéndose a veces a superficies ífimas. Los campos dibujan así una rededilla muy apretada, tenue, de mallas geométricas y achataadas, que tienden a alargarse en forma de rectángulos cor-

tos cuando se acusa la pendiente. El riego ha supuesto, en efecto, el aprovechamiento de la pendiente en bancales cuidadosamente aplanados, muy característicos del paisaje de estas viejas vegas.

La diseminación del hábitat resulta no menos característica de la mayor parte de las viejas vegas, incluso cuando este fenómeno sufre algunas excepciones (Valle de Leqrín). En general, es una verdadera abundancia de vida la que revela, así como alrededor de Coín, el desperdigamiento de pequeñas explotaciones aisladas, menudas, a nivel de parcela. Su disposición es tan densa a veces que evoca, en el corazón de la vega, una nebulosa, una nube de casitas cuya trama sólo se ensancha progresivamente en las márgenes del perímetro regado. Este enjambrado del hábitat está ligado, sin duda, a la eclosión de los marcos pueblerinos, demasiado estrechos para poder hacer frente al crecimiento de las poblaciones (9), pero se halla, por otra parte íntimamente asociado a la naturaleza intensiva de una agricultura que necesita de cuidados y de una vigilancia constante e impone finalmente la permanencia del hombre en el campo. Como siempre en estas regiones, la dispersión no es sino un fenómeno secundario, tardío, que se apoya en una fuerte armadura de grandes aldeas, de ciudades más bien, si tenemos en cuenta su población de varios millares de habitantes y también su aspecto y sus funciones. Alhaurín el Grande, Coín, Orgiva... etc., no son sólo aglomeraciones campesinas: las calles principales bordéadas por aceras y jalonadas por numerosos comercios revelan actividades ya ciudadanas. Actividades comerciales y de servicios se derivan muchas veces directamente de la necesidad de dar salida a las producciones agrícolas. Las aldeas, por ello, dan testimonio de la vocación comercial tradicional de su vega, así como en los alrededores la dispersión de las pequeñas explotaciones marca su intensidad.

La fórmula podría resumirse, en el plano técnico y económico, en *la acumulación de los cultivos*, yuxtapuestos y superpuestos, sobre la misma parcela. La intensidad del sistema proviene

(9) La imposibilidad de dividir, a consecuencia de las sucesiones, parcelas demasiado estrechas, ha hecho frecuente la costumbre de atribuir la casa del pueblo a ciertos herederos —con frecuencia las hijas—, y la tierra a los otros, con la responsabilidad de construir allí eventualmente su residencia.

esencialmente de una densificación máxima de las producciones en un espacio apretadamente reducido, la parcela campesina. Desembócase así en una especie de «cultura promiscua», en un policultivo que se manifiesta al nivel de la parcela.

El procedimiento consiste primeramente en un perfeccionamiento de la fórmula de la coplantación, por superposición de cultivos. Se distinguen así un techo arborícola perenne y un nivel inferior, en el suelo, de producciones anuales. En los casos más simples, y menos evolucionados se contentan con asociar el olivar a los cereales. Pero, más frecuentemente, el sistema se diversifica considerablemente:

– Por la yuxtaposición y el escalonamiento de varios árboles en el nivel superior: en la vega de Alhaurín se mezclan normalmente una gran variedad de frutales, manzanos, perales, almendros, higueras, con los olivos y con algunos naranjos. Mas sorprendente aún es la asociación desordenada, en el Valle de Lecrín o en la cuenca de Orgiva, de los naranjos con enormes olivos que les sirven de abrigo contra el viento y el frío.

– Por la sucesión, sobre el suelo, de varias cosechas anuales. Cereales, hortalizas y leguminosas se juntan en la misma parcela y sustituyen las unas a las otras. Alternativas complejas y muy variadas hacen alternar, en Orgiva, trigo-habas-patatas de estación fría con el maíz y las hortalizas de verano. Asimismo, alrededor de Coín o de Alhaurín, cereales y hortalizas se suceden, o mejor aún son varias oleadas de productos hortícolas las que se reemplazan según las estaciones, superponiéndose a veces.

En los casos más notables, el escalonamiento de los cultivos se sitúa a 3 o incluso 4 niveles (olivos-naranjos-trigo-hortalizas, por ejemplo) y la parcela puede producir así 4 ó 5 cosechas anuales. La utilización del espacio resulta entonces máxima. De hecho, trátase aquí de una intensificación tradicional, empírica las más de las veces. La mejor prueba de ello es la génesis de la mezcla olivar-naranjo que resulta frecuentemente de la sustitución ocasional de un olivo enfermo por un joven naranjo: ningún plan preestablecido, ningún cálculo agronómico tendente a asociar especies complementarias, sino un procedimiento que consiste en adaptarse a las circunstancias, mediante añadidos sucesivos, sin pensar en discutir siquiera la organización misma del sistema. De ahí el aire desordenado, la heterogeneidad de las

plantaciones características de los viejos huertos, que ofrecen el testimonio de una intensificación progresiva adquirida al precio de continuos retoques y a fuerza de trabajo. Se explican así las densidades humanas, a veces considerables, que sostienen estos sistemas que pueden alcanzar los 200 hab/km² en el corazón del Valle de Lecrín o en las vegas de Coín y Alhaurín. La tendencia es hoy, sin embargo, hacia la simplificación de las tareas y la especialización de las parcelas, en el caso sobre todo de los naranjos, cuya espesa sombra afecta seriamente a los cultivos sobre el suelo. Pero, no se trata aún sino de un movimiento reciente, limitado, que apenas modifica la fisonomía de conjunto de estas viejas vegas apegadas a la mezcla de producciones.

Y es que la asociación de los cultivos tiene también un significado económico muy preciso. Ella traduce, ante todo, la permanencia de una voluntad de autoabastecimiento alimentario a la que se han añadido poco a poco, más o menos precozmente, preocupaciones de mercado. Las dos preocupaciones se expresan así conjuntamente al nivel mismo de la parcela. Los cultivos sobre el suelo, cereales para la alimentación humana y del ganado y hortalizas, tienen, en su origen, y conservan aún parcialmente, una función alimentaria. El árbol, por el contrario, proporciona un complemento comercializable. Con el tiempo, la parte de las cosechas destinada a la venta se ha visto aumentada tanto en el suelo como al nivel arbóreo, sin que desaparezca, sin embargo, la tradición alimentaria. El policultivo de las vegas tradicionales representa, en suma, la apertura parcial de una fórmula de autoabastecimiento alimentario, gracias a la intensificación, que ha permitido acrecentar y diversificar las cosechas al nivel de la parcela.

Las diferentes vegas están, por otra parte, desigualmente avanzadas en este proceso. Las condiciones climáticas son, localmente, más o menos favorables a la diversificación de los cultivos: el naranjo y las hortalizas, elementos esenciales del comercio, se ven excluidos por el frío de las cuencas regadas más elevadas de la Alpujarra o del Valle de Lecrín (Cadiar-Dúrcal). El sistema se empobrece entonces hasta no dejar subsistir más que a los cereales y al olivar. Pero el aislamiento conduce a resultados comparables, limitando las posibilidades de

ventas: el policultivo mezquino de la cuenca de Ugíjar o de Cadiar se debe antes a su enclave que a las limitaciones climáticas. A alguna distancia de ellas, cerca de las carreteras, la vega de Orgiva propone por el contrario una gama incomparablemente más amplia de producciones.

También conviene matizar nuestro cuadro, distinguiendo en él grados de intensidad. Las vegas al pie de la Sierra de Mijas, la de Coín o Alhaurín, principalmente, que nos han servido de referencia, representan el modelo más acabado de tales sistemas y de sus paisajes más elaborados. Y es que, aunque mantenida, la preocupación alimentaria se ha visto doblada aquí con una vocación comercial, gracias a su proximidad a Málaga, a su mercado urbano y a sus posibilidades de exportación por el puerto. También es aquí donde se encuentran las fórmulas más complejas y la intensificación más profunda.

El Valle de Lecrín, en su parte baja y abrigada y las cuencas más occidentales de la Alpujarra (Orgiva sobre todo) marcan un segundo nivel, algo menos perfeccionado, del mismo sistema. Y es que, pese a la proximidad relativa de Granada, la fórmula se ha mantenido durante mucho tiempo como puramente alimentaria. Es preciso esperar a los últimos decenios para poder ver afirmarse los cultivos comerciales (10): patatas, judías y sobre todo naranjos, que reemplazan poco a poco al olivo.

La parte alta del Valle de Lecrín, a causa del frío que prohíbe el naranjo y las cuencas orientales de la Alpujarra (Cadiar, Ugíjar), a causa de su aislamiento, presentan finalmente al tipo menos evolucionado del policultivo regado, donde los cereales y el olivo constituyen lo esencial de una producción muy imperfectamente liberada de la fórmula de autoabastecimiento alimentario tradicional y se identifica de este modo, con más intensidad, no obstante, con los sistemas de las cuencas cerealistas estudiados con anterioridad.

LOS SISTEMAS DE ORIENTACION COMERCIAL DE LAS LLANURAS LITORALES

El litoral ofrece las únicas muestras, en nuestra región, de verdaderas llanuras, bajas y horizontales. Por modestas que sean por

(10) Ver Villegas Molina, F. *El Valle de Lecrín*. CSIC. Granada, 1972.

su superficie, estas llanuras presentan también los únicos ejemplos de agricultura «moderna». Ellas contrastan con las vegas tradicionales del interior por sus orientaciones culturales, por sus paisajes y también por sus orígenes recientes. En efecto, aunque la mayoría de los rasgos que las caracterizan hayan aparecido bastante antes de los años 50 que, por el momento, nos sirven de límite, su aspecto, todavía hoy no acabado, no se perfecciona hasta más tarde, en el curso mismo del período actual. Ellas pertenecen pues, en buena parte, a la historia de las últimas grandes transformaciones, que nos reservamos para analizar más adelante. Por ello, sólo serán evocados aquí los elementos esenciales para su definición, indispensables para situar el cuadro de conjunto de los campos del Mediterráneo andaluz.

El rasgo fundamental de estos sistemas se relaciona con su *orientación económica totalmente comercial, con su especialización integral*. De ella resulta, al nivel de cada pequeño sector, *un monocultivo exclusivo*, unas veces basado en las producciones frutícolas (agrios de la Hoya de Málaga y del Bajo Andarax, uvas de mesa del Medio Andarax) u hortícolas (vegas de Albuñol, Adra) y otras en las plantas industriales, tales como la caña de azúcar (cuenca de Motril, vega de Vélez, delta del Guadalhorce).

El paisaje —extensiones sin relieve y simplicidad cultural— muestra un aspecto uniforme, incluso monótono, al extenderse sobre distancias considerables. La homogeneidad de la ocupación del suelo y la ausencia de plantaciones, lo sitúan en oposición a la mezcla anárquica, pero risueña, que caracteriza a las vegas tradicionales del interior. Basta con subrayar, por el momento, que en lugar de la lenta evolución de las vegas tradicionales, los sistemas litorales han conocido una transformación brutal, que sanciona una ruptura completa con el pasado y, más que un perfeccionamiento progresivo, han sufrido una sucesión de ciclos especulativos más o menos breves, superpuestos en el tiempo y yuxtapuestos en el espacio. Resulta de ello, a la vez, la simplicidad homogénea de cada fórmula tomada aisladamente y la heterogeneidad del conjunto de una agricultura litoral que ofrece finalmente la imagen de un *mosaico de monocultivos*. Se pueden, sin embargo, reagrupar sus elementos en dos grupos principales, que se diferencia tanto por sus vocaciones culturales como por sus paisajes:

Las vegas «sublitorales», a pocos kilómetros detrás de la costa, abrigadas de los fuertes vientos del mar y apartadas de los suelos fuertes o salinos de la costa, se distinguen inmediatamente por su *especialización arbustiva*. Es este el dominio de los emparrados para la uva de mesa, que tapizan integralmente el valle medio del Andarax y las cuencas de Berja y de Dalías en el flanco sur de la Sierra de Gádor. Las plantaciones de agrios representan en otros lugares la gran especulación; las naranjas colonizan todo el espacio regable del Bajo Andarax, recubren cada vez más el fondo de la Hoya de Málaga hasta el nivel de Cártama, hacia abajo, y ocupan al Oeste los vallejos de la región de Estepona. El paisaje es idéntico por doquier: una masa continua de huertos regularmente sembrados de casitas blancas, que cesa bruscamente en las proximidades de la costa.

Las vegas litorales ofrecen, en efecto, un rostro muy diferente, desnudo, privado de árboles: ellas se destinan a los cultivos más delicados, térmicamente los más exigentes pero capaces de darse en las tierras fuertes, húmedas y a veces salinas de la costa. El aspecto más característico es el del *monocultivo de la caña de azúcar*. La capa compacta de las plantaciones se ve apenas interrumpida acá o allá por algunos campos hortícolas, indispensables en la alternativa, que permiten únicamente medir la extrema fragmentación de un parcelario oculto por la cobertura uniforme de la caña. El propio hábitat se torna discreto y se sitúa frecuentemente en la periferia de la vega, donde destacan constantemente las chimeneas de las azucareras, verdaderos pivotes del sistema. En ninguna otra parte se impone tanto el imperio de un monocultivo absoluto, envolvente, alrededor de Motril, en los deltas del río Vélez y del Guadalhorce, que, hace poco, cubría la totalidad del litoral, hasta Adra. Otras producciones vienen hoy a ganarle terreno a la caña y a diversificar un tanto la fisionomía de las llanuras costeras: árboles tropicales, chirimoyos sobre todo, en la pequeña cuenca de Almuñécar; producciones hortícolas, que se escapan del marco del policultivo tradicional, donde estaban asociadas al maíz, para crear sectores homogéneos especializados, alrededor de Vélez, Albuñol, Adra, etc.

Pero, cualquiera que sea su orientación productiva, las llanuras de la región litoral alcanzan un nivel de *intensidad agrícola inigualado*. La minucia de los aprovechamientos agrarios ya lo

atestiguan: la pulverización del parcelario, que mide los campos en unas pocas áreas, la disposición de las tablas de cultivos para el riego, las formas múltiples, casi siempre manuales, que más parecen de jardinería, son otros tantos exponentes de ello. La carga humana es, a consecuencia de ello, muy elevada: las densidades se acercan o pasan de los 150 hab/km² en la vega de Motril-Salobreña, así como en Almuñécar, alrededor de Adra o de Vélez.

CONCLUSION

La sola descripción de los principales paisajes y organizaciones agrarias sugiere ya algunas constataciones en cuanto a la originalidad de la vida rural en la Andalucía mediterránea.

Nuestra primera observación adopta la forma de balance. Desprovista de llanuras de alguna importancia, reducida a los suelos poco profundos de las laderas, la Andalucía mediterránea no ofrece sino mediocres aptitudes para la producción de granos: los cereales, impuestos por las necesidades alimenticias se dan aquí difícilmente y tienden a desaparecer desde que los intercambios favorecen un principio de especialización.

Región de montañas, la Andalucía mediterránea no presenta, pese a su altitud, verdaderos sistemas montañosos volcados hacia la ganadería.

Es el árbol el que, en definitiva, constituye la vocación más establecida de estas regiones y, salvo en casos extremos, se afirma generalmente como el elemento más constante de los paisajes y sistemas agrarios.

Resulta de ello un profundo desequilibrio de la economía agrícola regional, marcado por una carencia grave de productos cerealistas, así como de producciones animales, lo que obliga lógicamente a los intercambios. En todo tiempo, los puertos de la región han exportado las frutas del interior y asegurado no menos regularmente el aprovisionamiento de granos de la región. Se mide así la distancia que separa a la Andalucía mediterránea de la otra Andalucía, la de las llanuras occidentales, de las siegas y de los grandes rebaños. No se puede dejar, para poder comprender tal particularidad, de recurrir a alguna predisposi-

ción natural o a una vocación especial de los hombres y de la sociedad rural.

La brutalidad de los contrastes nos proporciona ocasión para una segunda observación. Frecuentemente hemos notado la extrema discontinuidad de la ocupación del suelo, el contacto permanente y repentino de extensiones salvajes y de terrenos de cultivo. Es éste también un rasgo característico y común de los medios extremos, de las regiones mediterráneas como de la montaña en general. Pero, la discontinuidad, aquí, no es solamente espacial: se impone también cualitativamente entre diferentes sistemas agrícolas separados frecuentemente por vedaderas diferencias de naturaleza. Así se explica, sin duda, la rareza de las fórmulas de transición, de pasos aprovechados de un sistema a otro. Son las dicotomías las que, por el contrario, se imponen: opulencia y miseria, mediocridad de los sistemas más extensivos y jardinería de las fórmulas de las cuencas, cohabitán sin intermediarios; más sorprendente aún resulta la juxtaposición, a veces secular, de las economías más cerradas y de los monocultivos especulativos. Entre los extremos, se encuentra difícilmente un término medio, una agricultura equilibrada, sin excesos: el policultivo comercial representa, generalmente, un fenómeno poco frecuente.

No obstante, las discontinuidades principales tienden a ordenarse en el espacio, hasta llegar a esbozar una repartición según algunos grandes conjuntos, dispuestos paralelamente al litoral. Pueden así distinguirse a grandes rasgos:

- Una banda interior, de montaña, que, de la Serranía de Ronda a la Alpujarra, reagrupa a las agriculturas más pobres y más cerradas, a los sistemas alimentarios más estrechamente consagrados a un mediocre policultivo cerealista y a una vida pastoril secundaria.

- Un eje intermedio de laderas destinado más especialmente a la arboricultura de secano.

- Una franja litoral, finalmente, que se caracteriza sin ambigüedad por la riqueza de sus especulaciones.

Esta distribución ordenada evoca una gradación lógica que va de los sistemas más mediocres a los más evolucionados, como si cada uno de ellos no constituyera sino un estadio provisional de una evolución común. A la inversa, los contrastes violentos a

que están sometidos hacen pensar más bien en fórmulas cristalizadas, separadas por discontinuidades insuperables.

¿Se ven aquí los sistemas agrarios ligados por un proceso lógico, desigualmente avanzado según los casos, o, por el contrario, aislados por umbrales agrotécnicos rigurosos?

